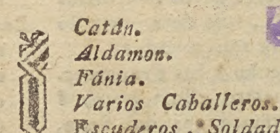
TRAGEDIA.
EL TANCREDO.
EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

Argiro.
Tancredo.
Amenaida.
Orbasán.
Loredano.



Catán.
Aldamon.
Fánia.
Varios Caballeros.
Escuderos, Soldados, y Pueblo.

ACTO PRIMERO.

Junta de Caballeros, sentados en medio circulo.

Arg. Ilustres vengadores de Sicilia,
Caballeros, que honrando asi mis años,
quereis juntaros en mi propia casa
à tratar de expeler nuestros tiranos,
y formar un Imperio floreciente.
Mucho ha que Siracusa está llorando
nobles designios de un valor inutil,
sin debida sazon manifestados.
Marchád contra las lunas agarénas:
tiempo es de que se salve del naufragio
el mas dulce, el mayor, el bien postrero
que ya nos queda, el fuero mas sagrado
de almas como las vuestras generosas,
la libertad en fin, à que aspiramos.
Actualmente dos grandes enemigos
de esta insige Republica, contrarios
al derecho de todos las naciones,
y à la felicidad de los humanos;
los Cesares de Oriente, los soverbios
Musulmánes intentan su tirano
yugo imponeros. Entre si disputan
estos que el Orbe usurpan arbitrarios,
la gloria de ceñirnos sus cadenas.
Los Griegos à Mecina avasallaron.
El atrevido Solamir domina
desde Arigento los feráces campos
que Etna corona, y para Siracusa
todo era à la razon fatal presagio.
Pero entre si envidiosos, convirtiendo
nuestros perseguidores en su daño
las armas destinadas à extinguirnos,
en beneficio nuestro han peleado.
Por disputar la presa, ya los vemos
sin vigor, y los Cielos apiadados,
à nuestra libertad abren oy senda:
propicía es la ocasion. No lo perdamos.
En su postrer periódo se halla
el poder sarraceno, y ha empezado
Europa à no temerlo qual solia.
Carlos Martél en Francia, un D. Pelayo
en España, un Leon en Roma, muestran
de divino valor armado el brazo,
como esta hidra domeñar se puede.
Bien sé que Siracusa se arde en vandos.
Que se halla vacilante, y casi esclava.
No es mi animo aquel tiempo recordaros
en que contra nosotros delinquentes
volvimos los azéros; y el estado
vertió la sangre de sus proprios hijos.
Antes pretendo queden olvidados
desde oy nuestros rencores, nuestras iras.
Reyne, Orbasán, en los Siracusanos
solo un partido, cuyo objeto sea
el bien comun. Dichoso yo, si acaso
con nuestra union revive ya la patria.
Y pues que en otro tiempo pudo el mando
de iguales nuestros inspirar envidias,
oy unánimes todos resolvámos
morir y vivir libres, sin que nadie
logre jamás llamarnos sus vasallos.

Orb. Si, Argiro. Ah mucho que entre nuestras casas,
dura el encóno que turbó el estado.
Ya solo aspira à unir los Orbasanes
Siracusa à tu sangre en firme lazo.
Protejámonos oy el uno al otro.
Qual buen patricio, à tu hija doy la mano.
Y al publico sirviendo, à ti, à tu casa,
desde el altar apenas desposado
voy contra Solamir, corro à vengarte.
Rendir no basta al Moro. Otros contrarios
mas terribles tuvimos, que de un pueblo
servil quizá oy en dia son amados.
¿Quien concedió derecho à los Franceses.
de avecindarse en nuestro clima patrio?
A un Euci; de las margenes del Sena,
¿quien à las de Siracusa nos le traxo?
primero humilde se ofreció à servirnos:
altivo supo luego avasallarnos:
despues sus descendientes, poderosos
con herencias quantiosas que juntaron,
los animos concilian, se hacen dueños
de los votos de un pueblo deslumbrado.
Y en desdóro del lustre de mi casa,
se atreven à usurpar agenos lauros.
Dimos por fin, castigo à tal arrojo.
Y à pesar de los muchos partidarios
de la faccion de los Eucies, vemos
de esta orilla à sus nietos desterrados.
Tancredo, aquella rama de la estirpe
siempre fatal, muy niño fué alejado
de Siracusa. Dicen que ha servido
en campañas al Cesar de Bizancio.
Es orgulloso, y ofendido se halla.
Nadie puede negarle lo vizarro.
Nuestras leyes detesta vengativo,
y no hay francés que despreciar debamos;
pues hemos visto en nuestra edad, que solo
tres escuderos pobres, sin amparo,
hijos del frio seno de la Neustria,
tomando patria en los Apulios campos,
sin mas derecho que el que dán las armas,
echan sus dueños, se hacen potentados.
Arabes, Griegos, Francos y Alemanes,
todos inféstan con ruinoso estrago
nuestras campañas por su mal fecundas,
y la codicia atrahe desde el austro,
Oriente y Norte enxambres de vandidos:
defendernos es fuerza, y aun vengarnos.
Mas de una vez se ha visto Siracusa,
expuesta à la traícion, à infieles lazos.
Nuestra ley conservemos inmutable,
ley que prescribe sea despojado
de honor y vida aquel que mantuviere
con nuestros enemigos algun trato
contra la patria. La blandura anima
à la maquinacion, al atentado.
No se perdone ya ni edad ni sexo...
¿En que estriva el dominio soberano
de Venecia? en la cauta desconfianza,
en la severidad. Oy castigando
à qualquier delinquente, Siracusa
imite recte aquel sistéma sabio.
Ler. Cierto que es afrentoso, que en Sicilia
numere Solamir sequazes tantos
en nuestros dias. Solamir, un Moro
que à Moros manda; y deplorable caso,
que en Isla tan guerrera, tan christiana,
y entre nosotros tenga de su vando
à infinitos, vendidos al coécho.
Ya tratan nuestra ruina allá en Bizancio;
ya logra introducir en Siracusa
disponiendo la guerra, mientras false
la paz ofrece; y para desunirnos,
procura de mil modos engañarnos.
Tambien le aclama un sexo peligroso,
cuyo debil capricho tiene mano
absoluta en un vulgo todavia
mas debil: ese sexo que con pasmo
admira siempre novedades y heroes.
¿No reparais que ya los ciudadanos,
se emplean en las artes seductoras
à que dedica Arabia su conato?
artes dañosas con que los hechizan:
artes que noblemente desdeñaron
admitir nuestros inclitos abuelos.
Nuestra arte sea vencer, solo esta alabo.
Espero en mi valor. Del vuestro fio.
Y la severidad austera aplaudo,
que ha de vengar la libertad y leyes.
Bastó un traydor para poner en manos
de viles Moros à la rica España.
Entre nosotros nace à cada paso
no un traydor sino muchos, y conviene
que tanta iniquidad tenga su pago.
Prefiera à la piadad el bien de todos.
Y Solamir vencido, proscribamos
à aquel Tancredo en cuyas venas late
la sangre, que odia el buen Siracusano
à aquel que debe sernos mas temible.
Su patrimonio por decreto sabio
à Orbasán transmitirimos justamente,
confundiendo por fin à los contrarios
que siguen en secreto el fatal nombre

de

de ese Tancrédo. A tí, Orbasan gallardo,
te tocan sus riquezas: sean tu dote
tu recompensa. *Cat.* Todos lo firmamos.
Viva opulento en una Corte odiosa
Tancrédo, y logre su valor aplausos.
Nada que pretender aqui le quede.
Pues eligiendo à un despota por amo,
renunció toda accion à nuestros muros.
Pierda toda esperanza, y à un esclavo
de los Cesares nunca se permita
poseér nada entre republicanos.
Coluna es Orbasan de nuestras leyes;
y quanto hace por él oy el estado
que en sus hombros sustenta, es muy debido.
Dixe mi parecer. *Arg.* Ya le declaro
esposo de Amenaida. Amor la tengo.
Mas no quisiera despojar por ambos
à un huerfano forzado de mi voto.
Bien lo sabeis. *Lo.* Culpais quizá al Senado?
Arg. No: el rigor aborrezco; pero siempre
en rendirme à la ley he sido exacto,
y el comun interés he preférido.
Orb. Bienes son de la patria todos quantos
concederme intentais, y corresponde
que solo se adjudiquen à su erario.
Ni tan corta merced pretendí nunca.
Arg. Basta... Y oy mismo quede executado
este nupcial ajuste. Resplandezca
mañana el dia alegre en que esperamos
conozca Solamir no es invencible.
Solamir arrogante, ese africáno;
caudillo de unas gentes destructoras.
Ese, que siendo en todo tu adversario,
con promesas de paz quiso llamarse
mi yerno, y creyó asi dejarme honrado:
de tu competidor sal victorioso.
Alerta Caballeros. Ya mis años
me privan de la gloria de regiros.
Y pues fiais tan superior encargo
à mi yerno Orbasán, seguir me toca
en mi vegéz vuestros heroycos pasos.
Estar donde vosotros, es mi anhélo.
Mi corazon espiritus vizarros
de nuevo adquirirá: serán mis ojos
fieles testigos de ese esfuerzo raro.
Y espero os habrán visto vencedores,
quando la parca atróz llegué à cerrarlos.
Or. A vuestra orden, Señor, combatirémos,
seguros de alcanzar inclito lauro:
Pues la gloria del triunfo nos aguarda,
ò la de dar la vida à vuestro lado.

Vanse los Caballeros.

SCENA II.

Argiro y Orbasán.

Arg. Soy valiente Orbásan, por fin tu padre.
Depusiste el rencor de tus agravios?
hallaré afecto de hijo en ese pecho?
con tu amistad podré contar ecaso?
Orb. Argiro, lo repito. Amo à la patria.
Ella nos reconcilia, y oy à entrambos
el parentésco y la razon nos une.
Nunca hubiera tenido efecto el lazo
que reciprocamente nos estrecha,
si en ti, Señor, no hubiese yo estimado
la virtud à pesar de enemistades,
que oxalá borre el tiempo de sus fastos.
Amor podrá añadir sus eslabónes
à mi nueva cadena. Mas tan alto
himeneo no debe ser resulta
del ardor de un instante, que engendrando
indiferencia, y aun à veces odio,
en otro instante se verá apagado.
Aqueste pecho que la patria incita
adquirir fama en los marciales campos
no acierta à suspirar entre zozobras.
Con mi consorcio intento serte grato.
Unir qual convenia nuestras casas,
restablecer el lustre del estado.
Volver por tu interés y por el mio.
Frustra su hechizo el amoroso encanto,
quando intervienen tan supremos fines.
Amor podrá esmerarse en sus regalos,
mas calle aqui al estruendo de las armas.
Arg. Esa entereza militar alabo:
pero lo ingenuo agrada, no lo adusto.
Tu consorte con finos agasajos,
espero aplaque ese animo terrible.
No basta ser guerrero. El suave trato
realza las virtudes, y conviene
al valor. Amenaida, allá en Bizancio
criada en nuestros tiempos borrascosos
fué por su madre desde tiernos años:
y bien conocerás, que acostumbrada
à modáles y estilo cortesano,
asustarse pudiera, si al principio
de ti se viese recibida acaso
con feróz ceño y rigida estrañeza.
Tratala con blandura, con alhago.
Y perdona, Orbásan, estos consejos,
como que son de un padre y de un anciano.
Orb. Tu eres quien debes perdonar mi dura
condicion. En los reales me criaron
lexos de la ficcion y la apariencia.
Propuse aquel inutil aparato

de urbanidades falsas, aquel arte
de adular y los usos de Palacio,
à la virtud severa de costumbres
Republicanas; pero cuna y grado
sé respetar en un amable objeto,
que te ha debido. Y me preparo
à merecer su amor con mis carícias:
à estarte siempre en ella contemplando:
à honrar con ella mi persona propria.
Arg. despues de haber mirado ácia el foro.
Arg. Aqui viene obediente à mi mandato.

SCENA III.

Argiro, Orbasán y Amenaida.

Arg. La dicha de la patria, los ardientes
votos de Siracusa congregados,
tu padre, el Cielo esposo te destinan,
sin que haya escusa que alegar à tantos
preceptos reunidos. Este noble
Caballero, que se ha reconciliado
conmigo, para gloria de la patria,
acaba de admitir de mi tu mano.
Ya su nombre, su clase y fama sabes.
En Siracusa poderoso, el mando
del exercito tiene. Los derechos
del Tancredo, que en él oy subrogamos.
Ame. De Tancredo! *ap.*
Arg. Es lo menos que realza
el esplandor de este nupcial contrario.
Orb. Grande honra de él, Argiro, me resulta.
Y la amable presencia de ese raro
prodigio de belléza en mi alma añade
quilates al valor del bien que alcanzo.
Logre yo mereciendo tu asistencia,
y el si à que aspiro del hermoso labio,
coronar nuestras mutuas esperanzas.
Ame. Padre, bien sé la parte que has tomado
siempre en mis males. Sé que solicitas
mi dicha en todo. Asi lo estás mostrando
en darme por esposo un Héroe ilustre.
Y apenas las discordias que inquietaron
tus importantes dias, terminadas
por tu cordura en fin à ver llegamos,
quieres que tu hija digna prenda sea
de union de que dimanan bienes tantos.
Mas, ò Orbasán, permite que Amenaida
opresa desde niña por los hados,
y ahora con la nueva que recibe;
confusa y entregada al sobresalto
que es justo la ocasione, se retire
al seno de su padre, un breve rato.
Orb. Asi, Señora, corresponde. Y lexos
de mostrarse Orbasán jamás contrario
de afectos tales, dignos de su aprecio;
si osase distraerte de cuydado
tan legitimo, juzga abusaria
del derecho de esposo: mis soldados
dejo en campaña, à acaudillarlos vuelvo.
No basta el logro de esa bella mano.
Merecerla es preciso. La victoria
merecedor me hará. A coger sus lauros
ya mi valor al punto, y en las fiestas
de nuestra boda servirán de ornato. *vase.*

SCENA IV.

Argiro y Amenaida.

Arg. Lacrimosos los ojos, y turbada
apartas de mi el rostro con espanto!
tus suspiros me ofenden, y acreditan
que es muy dificil obedezca el labio,
si el corazon repugna.
Ame. en mi conflicto,
es fuerza confesarte, que no alcanzo
como despues de tan tenáz discordia,
tú y Orbasán seais de un mismo vando.
¿Quien me dijera à mi que yo debia
uniros à los dos, y que en mis brazos
veria al enemigo de mi padre?
jamás olvidaré que profanaron
nuestra casa las guerras intestinas,
que huyendo del peligro à bien lejano
suelo, tuvo mi madre que ausentarse;
que con ella privada de tu amparo,
viví yo mucho tiempo, padeciendo
sus tristes infortunios en Bizancio.
La adversidad probé desde la cuna.
Errante con mi madre y à su lado,
destierro y proscripcion padecer supe:
supe tambien sobrellevar el vano
acogimiento de una altiva Corte.
Supe disimular hasta el engaño
de fingida piedad, peor que el desprecio.
Noblemente exeltada entre los varios
reveses de una suerte tan humilde,
perdí à mi madre; y entregada al llanto
me hallé en el mundo sola, sin abrigo,
qual debil caña en descubierto campo.
Trocóse tu destino. Siracusa
perturbada con nuevos sobresaltos,
te vuelve tus riquezas, tus honores,
y confiriendo à tu pericia el mando
de sus armas, consigue finalmente
echar de su recinto à los tiranos.
Restituida ya al paterno seno;
del qual me habian antes desterrado
las desgracias; preveo que à mi vuelta
han de asaltarme en él mayores daños.

Mi padre enciende el hacha de himenéo;
y el fin conque la enciende bien alcanzo.
Victima fuí, Señor, de tu enemigo.
Tambien à serlo tuya vengo al cabo.
Y quizá será oy de nuestros dias,
el dia mas terrible, el mas infausto.
Arg. Antes bien será prospero, no temas.
Yo te quiero, y tu gloria está à mi cargo.
Debo vengar la afrenta y grave injuria
que Solamir me hizo, quando en cambio
de la paz que ofrecia, à proponerme
le admitiese por yerno llegó osado.
Oy te destino al héroe, que dirige
à triunfar de él sus animosos pasos:
al mas grande de todos los caudillos:
à quien nuestra defensa ha armado el brazo:
mi emulo en otro tiempo; ya mi apoyo.
Ame. Qué apoyo! de que le alabes tu me espanto
su elevada fortuna; mas humilde
la quisiera mi pecho moderado.
Quisiera yo que un héroe tan altivo
y poderoso, à la inocencia ufano
no despojase para engrandecerse.
Arg. Oy el consejo riguroso y sabio
en Tancredo castiga à una estrangera
estirpe, que abusó por tiempo largo
de su poder... Bien sabes que son muchos
sus enemigos.
Ame. Padre, ò yo me engaño,
ò aun aman à Tancredo en Siracusa.
Arg. Sus heroycas empresas admirámos.
Dicen que ha reducido ya la Yliria:
pero quanto mas él milite baxo
las aguilas Cesareas, menos debe
confiar en volver al suelo patrio.
Para siempre un decreto le destierra.
Ame. Tancredo para siempre desterrado!
Arg. Temida es su presencia en Siracusa.
Y baste le hayais visto allá en Bizancio:
para que sepas qué es nuestro enemigo.
Ame. No le creía tal. Bien al contrario
vencedor de los Moros le juzgaba
mi Madre, y de la Patria firme amparo.
Y quando à sugestiones ambiciosas
de ese Orbásan, infieles Ciudadanos
te oprimieron quitandote tus bienes;
por ti hubiera mil muertes arrostrado
Tancredo. Esto señor no mas, sabia.
Arg. Basta Amenaida: sigue sin retardo
el dictamen de un Padre, y considera
la situacion, los tiempos en que estamos.
Aqui se mira ya con igual ódio
à Tancredo, à la Corte de Bizancio,
ya Solamir. Si quieres, hija mia,
ser dichosa, obedece. Sesenta años
por el estado combatí animoso.
Injusto le serví, le amé aunque ingrato.
Asi pensar hasta morir me toca:
mis afectos imita. Antes que el plazo
de mis dias se cumpla, dá à estas canas
este consuelo que de ti esperaron.
Cerca está de su termino mi vida.
Siga la tuya mis honrosos pasos:
vive dichosa, y moriré contento.
Ame. Padre mio; de dicha no hables tanto.
No echo yo menos la Cesarea Corte:
Mi corazon y vida te he entregado.
Pero te ruego que por breves dias
no dispongas de mi. Señor, reparo
que à Orbásan te sugetas mucho: juzgas
eterno su poder? su ruina aguardo:
todo muda, y quizá fuera de tiempo
se cree ya tu yerno y mi tirano.
Arg. Que es esto? dí.
Ame. Mi ingenuidad conozco
te ofende, y te parece desacato.
Respetado mi sexo allá en las cortes,
casi en vuestra Republica es esclavo:
aqui muda obediencia le prescriben,
si cultos le tributan en Bizancio.
Los Musulmanes con prolixo yugo,
trastornando à Sicilia, desterraron
sus costumbres suaves. Mas quien puede
tu paterna bondad haber mudado?
Arg. Tu sola, tu; que tanto abusas de ella.
Absorto de quanto oygo de tu labio,
dilacion te permito, no repulsa.
Nadie podrá romper este contráto.
Mi palabra está dada. Y echo indigno
será faltar à ella. Infelíz astro
me domina! en creérlo asi no erraste.
Jamás deseos mios se lograron:
ni he vivido un instante sin tormenta.
Cesad, ò melancolicos presagios!
y suerte mas benigna que su Padre,
tenga la hija con el nuevo lazo.

SCENA V.

Amenaida sola.

Ame. Tancredo, dulce amante! qué! perjura
te habia de ser yo por tu adversario,
y mas cruel que el mismo! yo vilmente
con tu opresór tu herencia desfrutando,
habia de: : :

SCENA VI.

Amenaida. Fania.

Ame. Ven ven, querida Fania.
Escucha de mi vida el postrer fallo.
Por esposo à Orbásan me dá mi padre!
Fa. Sé que debe costarte gran quebranto
obedecer. Conozco la firmeza
de tus afectos, y su digno blanco.
¿ Qué rigores la suerte, que atractivos
tuvo jamás la Corte, que tus pasos
de la senda escogida desviasen?
tu pecho diste, y para siempre dado.
Tancredo y Solamir secretamente
tu beldad à porfia idolatraron.
Pero el que justamente distinguiste,
y mereció tu inclinacion por lauro,
el que en Constantinopla preferido
fué de ti à Solamir; al mismo paso
oy lo será à Orbásan en Siracusa.
Eres constante... *Ame.* Qué?
puedes dudarlo?..
de bienes priban, con destierro ultrajan
à Tancredo. Que no es en héroes raro
un injusto destino: ya conozco
que el mio es de adornarle en mayor grado.
Echandose está menos su presencia.
El pueblo le ama; y...
Fa. En sus tiernos años
expuso de la patria, los amigos
de su olvidado padre, abandonaron
bien presto al hijo à su contraria estrella.
En tanta ausencia tu firmeza estraño.
Solo el proprio interés tienen los grandes
por fixo norte. El pueblo es mas humáno.
Ame. Y mas justo tambien.
Fa. Mas yace opreso;
y no se atreven nuestros partidarios
à hablar por un proscrito, temerosos
del poder absoluto del Senado.
Ame. Si. Grande es su poder, quando está ausente
Tancredo. *Fa.* Todavia yo, si acaso
tan lejos no estubiese, esperaria...

Amenaida à Fania.

Ame. Amiga, sabe pues, sabe el arcáno:
de tí me fio. Cerca está mi amante.
Y pues indignamente acumulando
tiranias, pretenden alejarme;
aparezcase, y llenélos de pasmo.
Tancredo está en Mecina.
Fa. Y es posible,
que à su vista te dén à su adversario?
Ame. No temas que de él sea: un dueño mismo,
tendrán oy Amenaida y sus tiranos.
Vén, te lo diré todo. Nada temo.
A romper tal vil yugo me preparo,
que solo el nombre de Tancredo aníma
mi flaqueza. Delito el mas vastardo
seria desistir de sus impulsos.
Baxeza obedecer à sus contrarios,
Si viene aqui mi amante, por mi viene;
que no lo desmerezco. Y entregando
como timida esclava mi persona
que es de él unicamente à su tirano,
yo victima inocente, ¿ trocaria
una infidelidad en méro acto
de obligacion? ò Fania! à nuestro sexo
inspira amor aliento extraordinario:
A mi me toca acelerar la vuelta
dichosa de Tancredo: ni me espanto
de peligro ninguno, porque todos
naciendo del amor me serán gratos.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Amenaida sola.

Ame. A donde voy?. de que me aterrorizo?...
de que agitada?... yo remordimientos!...
Solo el delito debe ocasionarlos.
Justa es mi causa, protegedla, Cielos!
Nada ay que tema... *A Fania que sale.*
Estoy obedecida?
Fa. Tu carta dí al esclavo, y partió luego.
Ame. Bien sé pende oy mi vida de su lengua;
mas siempre me ha servido con fiel zelo.
Todo asi à un infelíz suele deberse:
aqui nació, de un Musulman es nieto:
ambos idiomas, ambas leyes sabe.
Conoce el campo de los Sarracénos
y las sendas reconditas del Etna,
cambiarán mis destinos por su medio.
El descubrió que ocultamente estaba
en Sicilia de vuelta ya Tancredo.
Mas temeroso de perjudicarle,
si emprendiese ir à verle, con acierto
juzgó debia solo darme aviso.
Mi carta à un moro entregará, y espero
llegue à Mecina antes que rompa el alva.
Las urgencias de Moros y de Griegos
han mantenido en tan prolixa guerra
un trato mutuo indispensable entre ellos.
Naturaleza asi à los hombres une.

Fa.

Fan. Peligrosa es la empresa: pero el riesgo
juzgo menor, pues omitir supiste
cuerda en tu carta el nombre de Tancredo.
Aquel temido nombre, al qual se postran
los demás nombres todos, que con tedio
nuestros tiranos oyen; aquel nombre
que dulcemente amor grabó en tu pecho.
Mas si en tu idéa siempre está, has sabido
al escribir callarle por lo menos.
Y aunque lleven tu carta al campo Moro,
nada colegirán de su contexto.
Jamás procedió amor con tal prudencia.
Jamás vistió tan misterioso velo,
ni sin temeridad fué tan osado;
mas con todo algun mal estoy temiendo.
Ame. Dios hasta aqui parece me protexe.
Y he de temer enviandome à Tancredo?
Fan. En otra parte su piedad os junte:
el odio, el interés de furor ciego
contra él están armados. No se atreven
à romper sus parciales el silencio.
¿Quien sostendrá su causa?
Ame. Quien? su gloria.
Un héroe perseguido con su aspecto
gana los corazones; y su vista
enciende en todos vengativo fuego.
Fan. Si; pero su ardversario es muy temible.
Ame. Désecha ya el terror y el vano empeño
de infundirmele. Acuerdate que à entrambos
mi madre nos unió quando el aliento
iba à faltarle. Que Tancredo es mio.
Que no ay contraria ley que en los deseos
ni en los afectos de los dos arbitre.
La larga ausencia de este infausto suelo
llorabamos, y allá desde los muros
Césareos à pesar de su embeléso,
tristemente volviamos los ojos
à estos amados campos que oy detesto.
¡Que agena estaba yo, de que la suerte
al tirano opresor de mi Tancredo
llegaba à destinarme por esposo!
¡que agena de que en dote en algun tiempo
me ofrecia los bienes de mi amante,
el mismo usarpador de todos ellos!
sepa aquel la injusticia, y de mi boca
sepa su perdicion y mi tormento,
Venga y no tarde à defender su causa.
Para vengar à un héroe, quanto debo
oy executo, y aun si mas pudiese,
mas haria: à mi padre adoro y temo,
respetando su edad; pero quisiera
armar contra Orbásan todo este reyno
que el tiraniza con estilo impropio
de valiente y de noble Caballero.
Aspira codicioso à ilustre nombre.
Aspira à protector de un pueblo esento.
Mi infamia el inhumano determina,
y mi padre la admite y la echa el sello.
Consentirla podré? ¿podré entregarme
à un tirano, que piensa que su lecho
dá honor à mi persona? Siracusa
huye la tirania. Pero entiendo
que la mayor es la que exerce ahora
intentando se rindan à su Imperio
el odio y el temor, la que pretende
en un dia, trocar nuestros afectos...
decidalo la suerte. *Fan.* Discurria
que estabas recelosa. *Ame.* No rezelo.
Fan. Contra Tancredo oy dicen se promulga
una dura sentencia. Que se ha impuesto
al transgresor la pena de la vida.
Ame. Ya lo sé; y al principio sintió el pecho
el mayor sobresalto. ¡Mas que debil
es el amor que se detiene en riesgos!
y pues à un héroe intrepido idolatro,
por mi parte me toca tambien serlo.
Fan. Podrá extenderse à tí ley tan sevéra?
me persuado no lleve mas objeto
que amedrentar el vulgo. Pues...
Ame. Con todo,
es ley contra mi amante y la condeno
En fin dictada por los que oy nos mandan.
No asi los valerosos Caballeros
sus ascendientes inclitos ganaron
en Italia las almas y los Reynos.
Su lisúra en el trato era estimada.
Temiase el rigor de sus azeros.
Nunca abrigaron las sospechas viles,
y el pundonór con vínculos estrechos
à tan grandes caudillos reúnia,
encaminando todos sus rezelos
al comun enemigo. Los vasallos
gustosos de servir à tales dueños,
peleaban valientes por su gloria,
Y por la propria libertad à un tiempo.
Asi humillan al Griego, al Moro vencen.
Mas ay un Senado sospechoso vemos
que respira venganza, que es odiado,
y que hasta de si mismo tiene miedo.
Posible es que la llama que me enciende,
me deslumbre tambien. Pero Tancredo
so-

solo me agrada, y quanto de el no sea, aborrecible me parece: el resto de los mortales para mi no existe.
El eco de su nombre me dá aliento.
Solo enojo me inspiran sus contrarios.
Y la suerte propicia... Mas que veo?
Fania, no adviertes.. que será?
Fan. Lo ignoro.

SCENA II.

Argiro. Los Caballeros, en lo retirado del foro: Amenaida, Fania, delante del teatro

Argiro y Amenaida.

Arg. Retirate de aqui.
Ame. Tu, ese precepto!
que, Señor.. Padre...
Arg. Ya no eres mi hija.
Huye de mi à esperar el justo premio
de tus ocultas iras. Alevosa!
tu apresuras mi muerte. Vete lexos.
Otra mano sabrá cerrar mis ojos.
Ame. Qué angustia! à donde estoy! tenme que muero.
Ayudala Fania, à retirarse; sosteniendola.

SCENA III.

Argiro y los Caballeros.

Arg. A vosotros, Señores, corresponde
tomar resolucion en tal delito.
Bien conozco la injuria que se ha echo
al estado, à vosotros; mas vacilo
entre la ley y el tierno amor de padre.
Y no pretendereis que yo afligido,
una tambien mi voto à lo que os dicte
la justa indignacion. ¡Cruel martirio!
no creo que Amenaida esté inocente:
mas tampoco querreis firme yo mismo
con su muerte mi oprobrio. Ni cabria
en mi este riguroso sacrificio,
tan repugnante à la piedad parterna.
Lor. Todos, Señor, de tì compadecidos,
tememos renovar tu sentimiento,
Pero en tus manos proprias has tenido
la carta que llevaba à los reales
de Solamir con fines tan iniquos,
aquel esclavo: alli ya descubierto,
murió por no entregarla; y sus designios
bien se manifestaron: Siracusa
perdida estaba ya: nuestro peligro
y el juramento echo no nos dejan
para usar de indulgencia algun arbitrio.
La ley es sorda à la afiiccion de un padre.
Habla el estado, y todos nos rendimos.
Arg. Ya os entiendo. Ya veo lo que esperá
à Amenaida infelíz. Mas solo os digo
que era hija mia, y que está aqui su esposo.
A vosotros recurro en tal conflicto.
Y lleno todo el pecho de amargura,
à morir antes que ella me retiro. *vase.*

SCENA IV.

Los Caballeros.

Cat. La orden de prenderla ya está dada,
Lastima causa vér tan gran nobleza
gracia, atractivo y tan tiernos años.
Las esperanzas y la union perpetua
de dos ilustres casas en la tumba
por siempre sepultadas con afrenta.
La religion, la fé del himenéo
pronuncian inflexibles la sentencia.
Y es debida à la patria esta venganza.
Llamar la infiel à un Estrangero! Grecia
y Sicilia tubieron individuos,
que à pesar de la gloria, y de la excelsa
calidad de christianos, se apartaron
de nuestras leyes con infamia eterna,
por esos Musulmanes vencedores
en todas partes, y que en todas ellas
nuestros tiranos son.
Mas que Amenaída, *A Orbâtan.*
hija de un Caballero de alta esfera,
quando iba à ser tu esposa, y dirigia
los pasos al Altar, medite empresa
tan arrojada?... Siracusa, os pide,
Señores, la venganza mas tremenda.
Lor. Siento decirlo: mas su muerte es justa.
El lustre mismo de su estirpe aféa
su culpa mucho mas. ¿Ay quien ignore
lo que ambicioso Solamir intenta?
su amor, ni sus designios temerarios?
¿à quin se oculta la sagáz destreza
con que engaña halagueño? aquella astucia
que ojos deslumbra y animos sugeta?
Amenaida esta carta le escribia.
Reynar en Siracusa! Manifiesta
se vé la trama en solo estas palabras.
Lo demás permitid que no lo lea:
por honra de Orbásan rubor inspira.
Qué Caballero habrá que salir quiera
segun la antigua usanza à hacer alarde
de su valor en tan marcial palestra
para justificar à esa infelize
exponiendo su gloria à contingencias?

Cat. Noble amigo, tu injuria conosemos
qual tu proprio: borremosla en la guerra.
Un crimen grande rompe las coyundas
de himenéo: destierra de tu idéa
à esa falsa muger, cuyo castigo
no te ofende Orbasán, antes te venga.

Orb. Si agravio no, consternacion me causa.
Mas quien viene? ella es: la llevan presa
à la obscura mansion de los malvados!
ah! que sonrojo!. que furor!.. que ofensa!
dexadme hablarla.

SCENA V.

Los Caballeros delante del teatro. Amenaida, en lo retirado del foro, rodeada de Soldados.

Ame. ¡O Dios omnipotente!
A Amenaida no niegues tu asistencia
en este trance. Sabes el objeto
de mis deseos; sabes la pureza
de mi intencion. Tan grave es mi delito!
Catán à Orbasán.

Cat. Hablar con esa infiel! aun quieres verla!

Orb. Si, Catán.
Catán à los Caballeros.

Cat. Vamos pues.
Pero no olvides, *Y luego à Orbasán.*
que las leyes, honor y Altares quedan
altamente ofendidos. Que la patria
pide, aunque con dolor que se la ofrezca
una victima.

Orb. à Cat. Nada, nada olvido.
Soldados, idos ya de mi presencia.
A los Soldados.

SCENA VI.

Amenaida, y Orbasán.

Ame. A qué te arrojas? dí, ¿insultar pretendes
arrogante, mis horas limitadas?

Orb. No se abate mi orgullo à tal exceso:
mi mano te ofrecí; y quizá dictada
fué entonces por amor, mi eleccion misma
dudo si aun en mi pecho arde su llama;
ò si mi indignacion la habrá extinguido.
Mas no sufriré yo lo que me agravia.
Creér no puedo que à Orbasán prefieras,
un caudillo enemigo de la patria,
un Musulman, un barbaro: tal crimen
es muy absurdo, y no, no cabe en tu alma.
Por ti, por el estado, por mi gloria
cierro los ojos, y no creo nada.
Siracusa me cree esposo tuyo.
En ti respeto mi persona; y basta.
Mi gloria está ofendida; y su defensa
quiero emprender: las nobles leyes mandan
à todo Caballero estos combates,
depositando el Cielo en nuestra espada
su irrevocable juicio. Ella decide
la inocencia: à vengar iré tu fama.

Ame. Quien?

Orb. Yo mismo: confiado me prometo
que despues de una empresa que realza
mi honor y timbres, sepa merecerme
ese tu corazon que me tocaba.
Y escuso averiguar si algun contrario
ò algun competidor llegó, Amenaida,
à seducirte el animo sencillo.
Y si acaso has tenido repugnacia
ò poca inclinacion à ser mi esposa;
en pechos bien nacidos siempre alcanzan
los beneficios triunfo, y las virtudes
en quien siente el deslíz aun mas se arraigan.
Tu credito y el mio pondré en salvo.
Pero pretendo como justa paga,
ya se crea altivéz, ò amor se crea,
me dés tu misma ahora una palabra.
No de aquellas que dicta el predominio,
y que pronuncia à veces en las aras,
mas que la voluntad, el temor debil.
Hablame sin recelo, sin falacia.
Mi pecho te descubro. Este es mi brazo
armado en tu defensa: por tu causa
quizá pereceré; pero antes sepa
que de ti soy querido.

Ame. Deslumbrada,
y à apenas vuelta en mi, el horrendo abismo
donde me arrojó el hado contemplaba,
quando, Señor, tu oferta generosa
que esperar no debia quien te habla,
colmando la medida à tantos males,
me impele ya al sepulcro, que à mis plantas
se ofrece abierto... A serte agradecida
oy, Orbasán, precisas à Amenaida.
Y proxima al suplicio que la espera,
que te estima tan solo te declara.
Ya es fuerza me conozcas; no, no dudes
que mi pecho te ofende. Pero en nada
he faltado à mi patria, ni à mi gloria,
ni te he faltado à ti pues que palabra
de ser tuya no oiste de mi labio.
Nunca te he sido infiel, aunque si ingrata.

Este es mi crimen y no puedo amarte,
ni con tal condicion admitir salgas
à batallar por mi: se la dureza
de vuestras leyes, de la ley tirana
que à morir me sentencia: no blasono
de ver tranquilamente que preparan
mi espantoso patibulo; antes siento
perder la vida, que me fué tan cara.
Lloro mi muerte, y lloro por mi padre.
Ni abatimientos, ni pavores bastan
à que finxa contigo... Soy ingenua.
Y si en esto juzgares que mi alma
delinque contra ti, mayor seria
su culpa, no lo dudes; si olvidada
de lo que à si se debe; prometiera
ser de Orbasán: perdona si Amenaida
en fin pronuncia que aceptar no puede
ni tu mano de esposo, ni tus armas.
Castiga pues, Señor, esta franqueza,
tomando como puedes la venganza.

Orb. Solo à vengar, Señora, me reduzco
à Siracusa, à despreciar la audacia,
el desden altanéro, y à olvidarle
Mi brazo en tu defensa se empeñaba.
Con mi gloria cumplí, cumplí contigo.
Ya solo soy un Juez, que en la observancia
de la ley infiexible qual es ella,
no debe dar à sentimiento ò saña
propria oídos perciales, ni me digno
de averiguarle à ese misterio el alma.
Opongo à tu esquivez todo el desprecio.
Y sin ira dexandote embriagada
de ese tenáz error, solo me toca
vencer à Solamir. Vengar mi patria.

SCENA VII.

Amenaida y Fania.

Ame. ¿Con que debo morir de muerte infame?
¡creyendo están que à Solamir he dado
mi corazon..! Oh! ¡tu que mereciste
el unico mi fé entre los humanos!
oh! tu, que eres objeto de su envidia,
idolatrada causa de mi llanto!
por ti voy à morir, y no me pesa.
¿Pero como resisto ese aparato?
La plebe que se junta, esos verdugos?
ah! muerte vergonzosa! que desmayo
me yela el pecho, al proferir tu nombre:
mas vergonzosa sinrazon te llamo;
que en morir por Tancredo no ay vergueaza.
La vida pierdá yo en un cadalso,
como no se gradué de castigo.
Patria y padre me acusan de infiel trato
porque intenté servir à padre y patria,
denigrarme, extinguirme quieren ambos.
Y à favor suyo, solo à su inocencia
tendrá Amenaida en trance tan amargo.
Mas ò Tancredo, que dolor te aguarda!
Fania mia; ¿es posible que mis hados
el consuelo me dan de que te vea?
amiga, presto va à cumplirse el plazo
de mi vida.

Fania, besandola la mano.

Fan. Primero muera Fania. *Ame.* Pero que!
ácia esta parte van llegando
los fieros monstruos... Quando el héroe vieres
por quien la vida perderé, te encargo
le dediques mis ultimos afectos,
y tierna despedida. Por su mano
será quizá vengada quien le adora.
Hoy moriré por él... Que mayor lauro?

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Tancredo acompañado de dos Escuderos que traen su lanza, su escudo, &c. Aldamón, Soldado.

Tanc. Oh patria, amor de todo noble pecho!
en Siracusa estoy: mi alma se goza:
Aldamón, fiel amigo de mi padre,
Aldamón por quien logro verme ahora
en este suelo en fin; que alegre dia!
si infelíz fué mi suerte, ya es dichosa:
mas te debo que digo, ni que piensas.

Ald. Mucho ensalzas, Tancredo, accion tan corta.
Solo soy un Soldado, un buen patricio.

Tanc. Soldado soy tambien, y los patriotas
siempre deben tenerse por hermanos:
eres mi igual. *Ald.* Dos años las penosas
armas segui à tu mado en el Oriente,
y alli, Señor, te ví exceder en gloria
à quanto acumularon tus mayores.
Tus altos echos, tu virtud héroyca
desde cerca admiré. Citar no puede
mi humildad otro merito; y te consta
que me crié en tu casa, y que fiel bobo..

Tanc. Ser mi amigo Aldamón, y no otra cosa.
Que! estas son las murallas que pensaba
yo defender! murallas venturosas
à quien mi tierno amor respetó siempre

en

en que hallé cuna, y que de sí me arrojan
con proscripcion perpetua!... ¿en que parage
vive Amenaida? dime. *Ald.* Donde mora
su padre, alli en aquel Palacio antiguo
no lejos de esta plaza: despues nota
el eminente alcazar, en que siempre
este altivo Senado se convoca,
compuesto de Caudillos, que la patria
valientes sirven, y sus leyes forman,
y que lográran sujetar al Moro,
si del apoyo cuya fuerza ignoran
no se hubiesen privado. Los escudos,
las cifras, las divisas que pregonan
sus empresas, sus inclitas hazañas;
alli con marcial gala se colocan.
Pero entre tantos nombres, echo menos
Señor, el tuyo heroyco.
Tanc. Oculto corra,
pues aqui le persiguen; que bastante
le celebra quizá nacion remota.
Y vosotros colgad ahi esas cifras;
A sus Escuderos.
pero borrenlas antes negras sombras.
No irriten mas la furia de los vandos.
A las paredes aplicad sin pompa
esas modestas armas, vivo emblema
del acerbo dolor que me acongoja.
Colocad ese escudo, y casco humilde.
Cueigan los Escuderos las armas de Tancredo en los huecos vacios; entre los demás trofeos.
Mi divisa guardad, que corrobora
mi esfuerzo en los conflictos de la guerra.
Esa divisa energica preciosa,
norte de mi esperanza y de mis pasos,
con respetos profierala mi boca,
amor y honor. Si algunos Caballeros
vienen aqui, decid que una persona
que quiere estar incognita ha llegado
à esta Ciudad, à impulsos de su gloria,
con ansia de seguirlos en la guerra,
y de llevar à su valor por norma.
Amigo, ¿quien los manda? *à Aldamon.*
Ald. Por tres años
obtuvo el mando (bien haces memoria)
el noble Argiro.
Tanc. El padre de Amenaida! *ap.*
padre de aquella que mi pecho adora!
Ald. Avasallale un tiempo aquel partido,
cuyo imperio tenemos, despues cobra
su poder, y por nombre, honor y sangre
le respetan: mas ya la edad le postra:
sucedele Orbasán. *Tanc.* Orbásan, Cielos!
por su Caudillo Siracusa nombra
à mi opresor, à mi mayor contrario!...
nada me calles ¿Porque no me informas
de esas voces? ¿es cierto que, insolente
sobrecogiendo à un padre debil logra
que le admita à su alianza, y le conceda
à la bella Amenaida por esposa?
cómo à tal se atrevió? como à mirarla?
Ald. Algo ayer entreoí de aquesta boda.
Lexos de la Ciudad, en aquel fuerte
à donde te alojé, vivo con honra
entregado à mi empleo, y te aseguro
que quanto pasa aqui, Aldamon lo ignora.
Pues como en Siracusa te persiguen
le son ella y sus nuevas siempre odiosas.
Tanc. Fiel amigo, este pecho te descubro:
vete veloz donde Amenaida mora:
dila pues que ay de oculto un Caballero,
que ansioso solicita verla à solas,
como afecto à su madre en la edad tierna,
y adicto à su familia. Dí que importa
esencialmente à su elevada estirpe,
à sus prosperidades, à su gloria
que la hable de un asunto.
Ald. Libre entrada
tengo siempre en su casa, y con gozosas
muestras ofrecen, tratan y acarician
à los que aun, Tancredo, aqui blasonan
de seguir tu partido. ¡O si la sangre
de los franceses à la noble propria
hubiese aliado en firme union Argiro!
mas cumplir tu mandato ya me toca.
Y qualquiera que en ello tu fin sea,
el exito te anuncio desde ahora. *vase.*

SCENA II.

Tancredo y los Escuderos en el foro.

Tanc. Favorable será: y el Cielo mismo
que à los pies de Amenaida me conduce,
y que proteje siempre al amor puro,
al puro honor; el Cielo (cuyas luces
por las tiendas del Moro me guiaron)
entre mis enemigos, aun influye
en mi causa benefica. Amenaida
me ama, y me destierra ya las densas nubes
que este animo doliente obscurecian.
Y á la verdad solo por ella pude
dejando à Yliria y los cesaréos reales,
volver al natal seno, al seno dulce
de mi tirana patria, que no ay cosa

en mi afliccion que al alma asi me ocupe,
si exceptuo à Amenaida. Qué! ¡es posible
que el padre quando llego yo, me usurpe
la mano que idolatro, y que la hija
con traícion inaudita asi me injurie!
¿quien es ese Orbásan? ese atrevido?
quales son sus hazañas, quien le infunde
aliento de aspirar al alto premio
que compete al valor de un héroe ilustre?
premio que à mi alomenos se me debe
por derecho de amor: ah! no, no dude
que antes podrá privarme de la vida,
que de esta prenda. El corazon discurre
que aun despues de mi muerte, el de Amenaida
me será fiel. Asi mi amor lo arguye
del que la debo, y con razon se crea
que quanto ella me amó, yo amarla supe.

SCENA III.

Tancredo, y Aldemon.

Tanc. Afortunado amigo, que la has visto?
conduceme à sus pies.
Ald. Ah! no procures,
Señor, tal cosa. La mayor desgracia...
Tanc. Que dices Aldemon? ¿porque te cubres
el rostro? lloras!
Ald. De esa infausta orilla,
presto, Señor, y para siempre huye.
Que yo (aunque humilde) estar aqui no puedo
despues de las maldades que produce
el terreno que piso. *Tanc.* Como? donde...
Ald. Con ese esfuerzo à otro paraje acude.
En las cesareas tiendas oy la gloria
te está aguardando: aqui ya no la busques.
Vete, que solo infamias y desastres
en tu patria hallarás.
Tanc. ¿Que pesadumbre
intentas darme?
dí: que es lo que has visto? *precipit.*
que te ha dicho Amenaida?.. nada ocultes.
Ald. Tu amor conozco. Olvidala.
Tanc. Olvidarla!
Cielos!.. Venció Orbasán? à mi me excluye?
perfida! al enemigo de su padre!
à mi opresor!..
Ald. Firmó el nupcial ajuste
Argiro esta mañana, y ya la pompa
estaba preparada...
Tanc. Que esto escuche!
seré testigo de traícion?...
Ald. Tu herencia
se les ha destinado segun supe
como dote, y que tu emulo se apropria
tu patrimonio.
Tanc. Que Orbasán usurpe,
lo que un héroe desprecia! accion bastarda.
Posible es que à Amenaida con el unen!
suya Amenaida!
Ald. No es solo este el rayo,
conque el Cielo, Señor, oy te confunde.
Tanc. Acaba pues cruel: dame la muerte.
Que temes?... Habla...
Ald. A ese valor recurre...
Quando iban à entregarla à tu enemigo,
y ya la antorcha de himeneo luce
entonces su perfidia se conoce.
Poco es te olvide, y que tu anhelo frustre.
La infiel, Señor, à entrambos os vendia.
Tanc. Ella? por quien?
Ald. No se como pronuncie.
Que es por un estrangero, por el mismo
que oprime à la nacion, y bien discurres.
Hablo de Solamir.
Tanc. Oh fatal nombre!..
Solamir! Cielo! à mi memoria ocurre
que allá en Bizancio suspiró por ella.
Pero fué desdeñado; el triunfo obtuve.
Qué?.. Burlar mi esperanza el juramento!
alma tan noble, tal maldad no encubre.
La juzgo incapáz de ella.
Ald. A pesar mio,
he hablado; pero no ay quien no divulgue
este horrible secreto.
Tanc. Amigo, escucha:
no ay corazon virtuoso à quien no insulten
la impostura y la envidia: à ambas conozco.
Proscrito yo desde la infancia anduve
de desdicha en desdicha sin auxilio.
A prueba de ellas, qual diamante en yunque,
peregrinando de uno en otro estado.
heroycamente mi valor discurre,
y el rencor de la envidia probé en todos.
Desde que ví del Sol las puras luzes,
à la calumnia ví exalar venenos.
Quanto tiempo acusó mi lengua impune
al mismo Argiro? aun en Siracusa,
quizá las iras de aquel monstruo influyen:
de esta mortal ponzoña se alimentan
sus

sus serpientes maleficas, que inducen
à los credulos pechos à traíciones.
Su voráz saña à quanto no recurre!
à mi costa lo se, y tambien su encono
daña à Amenaida, y à su nombre ilustre:
à hablarla voy...

Ald. Señor, detente... Es fuerza
que ya todo el veneno al vaso apures.
Del seno de su padre arrebatada,
está en prision.

Tanc. Qué dices? *Ald.* Señor, huye
de esta plaza, pues à ella sacar deben
à Amenaida al suplicio.

Tanc. ¡Que esto sufre
mi valor!.. à Amenaida... Cielos! como?

Ald. De injusticia no falta quien gradue
un sacrificio tal: todos le lloran;
pero solo à llorarle se reducen.

Tanc. No creas tu que llegue à executarse
tan enorme atentado.

Ald. ¡El Pueblo acude
al tribunal. Ya gime, y se enternece;
en denuestos è injurias ya prorrumpe
contra ella. Curioso y lastimado,
dá indicios de ansia de que se efectue
la execucion, y tumultuosamente
las cercanias de la carcel cubre.
Estraño anhelo vér à una infelíce;
en breve ocupará la muchedumbre
los porticos que ahora veis vacios,
Señor: huye de aqui: mira que urge.

Tanc. ¿Pero que anciano sale de aquel templo
tan afligido? su semblante infunde
compasion y respeto. Los criados
imitan su dolor. *Ald.* No, no lo dudes:
el es: el padre de Amenaida.

Tanc. Vete:
pues ignoran quien soy, quiero lo ocultes.

SCENA IV.

Argiro à un lado del teatro: Tancredo delante. Aldemon distante de él ácia el foro.

Arg. Oh Cielos! acortad mi triste vida.
Oh muerte! llega, hiere, y mas no pido...

Tanc. Noble anciano, permite à un Caballero
al inferior de todos los caudillos,
que contra la Agarena media-luna
tremola su estandarte, y de divino
laurel se ciñen en divinas lides...
Yo venia... perdona al llanto mio,
que alterne con el tuyo. *Arg.* Tu eres solo
quien llega à darme algun piadoso alivio.
Los demás se desvian, ò procuran
irritar mi tormento. En tal conflicto,
tu eres, Señor, quien debe perdonarme:
y pues te dignas oy de hablar conmigo,
sepa quien eres. *Tanc.* Soy un forastero
que te respeta, y siente qual tu mismo.
Que sonrojado teme preguntarte.
Que es como tu del hado perseguido.
Disimula te ruego la osadía.
Es cierto que Amenaida?..

Arg. Sí, à este sitio
saldrá luego à morir.

Tanc. Es delinquente?

Arg. suspirando. Es... de su padre infamia.

Tanc. Ella, Argiro!..
Aunque de aqui distante me he criado,
la fama de su nombre esclarecido
me persuado, que si habitase el suelo
la virtud misma, por santuario digno
elegiria el pecho de Amenaida:
y oy en él la maldad ha hallado abrigo!
oh dia melancolico! oh rivéras
siempre azarosas!

Arg. Mi interior martirio
llega à su colmo: mi sepulcro se abre,
y mi alma baja con dolor mas vivo
à la obscura mansion de los difuntos;
quando contemplo que ama su delito
mi infelíz hija sin que se arrepienta.
Por esto à defenderla no ha salido
Caballero ninguno; antes su muerte
firmaron, à pesar del uso antiguo.
Que Europa, y el valor aun tiempo aplauden
de defender en noble desafio
al debil sexo. La que fué hija mia,
presto aqui morirá, sin que en su auxilio
haya guerrero que à salir se atreva.
Crece mi angustia; y en el hondo abismo
de mi infamia dominan los terrores.
Reyna el silencio, y nadie mi partido
quiere abrazar.

Tanc. Alguno habrá: no temas.

Arg. ¿Que inpensada esperanza dás à Argiro?

Tan. Alguno habrá que salga, no por tu hija,
que no merece tal su pecho indigno;
sino por el decoro de su estirpe;
por tí, por tu virtud. *Arg.* Ah! ya respiro!
¿mas quien será el que salga à la palestra
y quiera defendernos?.. Con desvio,
con tedió, con horror aqui nos miran.

Tendré algun protector, algun amigo? ¿quien ha de pelear por Amenaida, y ha de lavar mi mancha? quien?

Tanc. Yo mismo: y si el Cielo mis armas patrocina, en premio de mi esfuerzo, solo aspiro à irme sin que nadie me conozca, ni nunca de Amenaida sea visto.

Arg. Señor, sin duda es Dios el que te envia. El contento no puede hallar asilo en este corazon misero y triste. Pero es menor la pena conque espiro. Y saber no podré à quien tanto debo? tu gran nobleza por tu accion colijo. Señor, quien eres?

Tanc. Quien sabrá vengarte.

SCENA V.

Orbasán, Argiro, Tancredo, Caballeros y acompañamiento.

Orb. à Arg. El estado, Señor, está en peligro: pensabamos salir de nuestros muros mañana, y se adelanta el enemigo. Sin duda los traydores que nos venden le han noticiado ya nuestro designio: sin duda viene Solamir resuelto à probar nuestras fuerzas y el destino. Contra el Moro marchamos, y si vale mi dictamen, no quieras ser testigo del atróz espectaculo, que luego...

Arg. Basta Orbrsán, que mis anhelos ciño à perecer en la sangrienta guerra: de este valiente Caballero fio...

Señalando à Tancredo.

me conduzca al lugar de la batalla: à pesar de mi afrenta determino acabar esta vida, acreditando à mi patria que muero en su servicio.

Orb. Pensamiento muy proprio de quien eres! por la postrera vez hiezan los filos de tu espada en las huestes Musulmanes. Pero con toda instancia te suplico evites ver el lugabre aparato... Es muy barbaro y duro el sacrificio paraque le presencies... Ya se acercan.

Arg. Oh Dios! socorre al infelíz Argiro.

Orb. Desviarse deben los paternos ojos de tan cruel acto, pues si à el asisto es por mi empleo, y porque à tanto vulgo es fuerza contener: ciertos delitos siempre encuentran severas à las leyes. Protejerias me toca; y pues oficio tan austero no tienes à tu cargo, ¿ porque te expones à sufrir martirio en la efusion de sangre, que dispone la ley establecida? ya es preciso te apártes de esta plaza, pues que llegan.

Tanc. à Arg. Antes quedate en ella, padre mio! *Orb. à Tanc.* Y quien eres?

Tanc. Quien soy? soy tu contrario muy afecto à ese anciano desvalído quizá su vengador, quizá à la patria Señor, tan necesario qual tu mismo.

SCENA VI.

Abrese el foro, descubrese à Amenaida en medio de las guardias. Los Caballeros y el pueblo ocupan la plaza.

Arg. Noble desconocido, ah! sostenedme: ocultame ese objeto: mi hija sale.

Tanc. Para los tres, que paso tan terrible.

Ame. Oh suprema justicia!.. tu, que sabes lo presente, pasado y venidero. Tu sola estás leyendo las verdades de mi pecho: tu sola, tu eres justa: la turba de los hombres implacable habla, juzga y condena ciegamente. Nobleza, pueblo, y todo aquel que parte haya tenido en mi cruel sentencia: no pretendo ante vos justificarme. Nuestro Juez sea el Cielo que me escucha. Senadores odiosos, que dictasteis un fallo iniquo, si, yo lo confieso, yo ultragé vuestra ley, que detestable fué siempre para mi como tirana: tampoco niego que ofendí à mi padre, que quiso disponer de mi alvedrio. A Orbasán agravié que avasallarme el alma pretendió con arrogancia. O Ciudadanos! si es vuestro dictamen se castigue mi crimen con la muerte; herid... mas permitidme que os declare mi infortunio. Quien vá ante el Juez eterno nunca à temido hablar à los mortales. Padre... Señores, que os hallais presentes

A los Caballeros.

à mi horrendo suplicio, y que estorvarle debierais... pero à quien (divinos Cielos!) alli descubro al lado de mi padre..! El es: el mismo... no, no ay que dudarlo... Atendedme... Yo muero...

Cae desmayada en los brazos de los guar.

Tanc. Ah! bastante es mi presencia para confundirla. Mas no importa... Señores, escuchadme:

no

no prosigais, ministros de la muerte:
esperad ciudadanos, que ay quien sale
à defender su causa: yo me obligo
à ser su Caballero: aqui su padre
(ni menos que ella à muerte condenado
ni de perder la vida mas distante)
mi brazo protector de la inocencia
acaba de admitir. Las leyes callen.
Sentencie el valor solo, que el decide
entre los Caballeros: dilatarse
nada debe. La liza al punto se abra,
y al honor, al esfuerzo se prepare
por los Jueces. A ti Orbasán altivo,
à tí, Orbasán, te reto, y ev quitarte
la vida deberé, ò tu à mi la mia:
à tí arrojo la prenda del combate.

Arroja al suelo à los pies de Orbasán la manopla.

Atreveraste à alzarla?

Orb. Tu arrogancia
no, no era digna de honra semejante.

Hace seña à su escudero, que levante la señal de desafio.

Por lo que à mi me debo, y à ese anciano,
que te ha admitido en su temible trance,
(aunque con propria humillacion) resuelvo
exponerme contigo: à castigarte
va al punto mi valor de la osadía
de haberme provocado. Dí, ¿ que clase,
que nombre tienes? ese simple escudo
dá de gloria marcial pocas señales.

Tanc. Quizá las obtendrá de la victoria.
La suerte quiere que mi nombre calle:
mas de mi le sabrás en la palestra.
Vamos sin detencion.

Orb. Luego al instante
se abra la valla, y libre de prisiones
quede Amenaida mientras el combate
la restituye à ellas. Compañeros,
sabed que apenas mi valor le acabe,
marcharé à vuestra frente, y el estado
defenderé. Las lides singulares
son de gloria muy breve. Las que encierran
servicio de la patria son durables;
son dignas del honor y de los héroes.

Tanc. Vamos pues, Orbasán. Mas que os declare,
Señores, permitid que me persuado
no ha de ser él quien oy la patria salve.

SCENA VII.

Argiro delante del teatro: Amenaida, à quien han quitado las prisiones, hacia el foro.

Amenaida volviendo en si del desmayo.

Ame. Cielos! ¿ que será de él si se descubre
su causa? *Arg.* Hija...

Ame. Que me quieres, padre?
tu pronunciastes mi sentencia iniqua.

Arg. Oh Dios! que te declaras de su parte,
¿ defiendes la inocente? ¿ ò perdonando
ya su culpa, pretende señalarse
de nuevo tu piedad? ¿ que beneficio
te has dignado, Señor, de dispensarme?
¿ es por ventura gracia, ò es justicia?
¿ si me será la suerte favorable?
que has dicho, dí... conque ojos à Amenaida
podré desde oy mirar?

Ame. Con los de padre.
Aun estoy à la boca del sepulcro,
dudando si son bienes, ò son males,
los que el Cielo me guarda. No receles
ofensas de mi gloria. En mi no caben.
Mas si amor paternal te debe tu hija,
alejala, Señor, de este parage,
que à vista de ese barbaro aparato
debil, rendida, y ya sin alma yace,
expuesta à insultos de la plebe osada,
que su aprobio y sus lagrimas aplaude,
lagrimas derramadas justamente,
y cuyo digno objeto nadie sabe.

Arg. Ven, que mis manos tremulas, tus pasos
guiarán... Cielos! sed en el combate
propicios à las armas que la auxilian,
ò enviad la muerte à un desdichado padre.

ACTO QUARTO.

SCENA I.

Tancredo, Loredano, Caballeros. Llegan las armas de Orbasán delante de el.

Lor. Aunque ilustre, es funesta tu victoria,
pues con ella nos privas del insigne
caudillo, cuyo pecho se entregaba
todo al estado, sin que competirle
otro que tu, pudiese en valentia.
Dinos qual es tu nombre, qual tu estirpe.

Tancredo en Ademan de un hombre pensativo y afligido.

Tanc. Solo Orbasán logró al morir saberlo.

Mi

Mi secreto y mi odio el infelice
lleva à la tumba. Es mi destino infausto.
No procureis, Señores, se averigue.
Saber quien soy si os sirvo, que os importa?
Lor. Pues lo quieres asi, no se publique.
Mas con util valor y hazañas dignas,
tu virtud para siempre se acredite.
Muy presto se verán en nuestros campos
las medias lunas. Siracusa pide
que defiendas sus leyes y su culto.
Mira como adversario mas terrible
à Solamir. Perdimos nuestro apoyo;
pero en ti le logramos aun mas firme.
Mas vuelvenos el héroe que nos quitas,
ò privado dispon nos acaudille
el que venció à Orbasán, pues esperando
nos está Solamir. *Tanc.* Oferta os hice
de acompañaros contra el sarraceno.
Y quizá habrá razon para que mire
yo à Solamir, como à adversario mio,
no menos que el estado, y le abomino
mas que vosotros. Oy à este combate,
saldré tambien. *Cat.* De ese valor insigne,
nos prometemos todo. Y Siracusa
à premiar quanto à él deba se apercibe.
Tanc. No hay premio para mi, ni yo le aguardo,
ni le pretendo. Para mi no existe
ya nada apetecible en Siracusa.
Y bien os sirva, ò en el campo expire,
no intento me resulte recompensa,
ò compasion ò gloria. Quanto exige
mi obligacion haré. Mis votos solo
à que me vea Solamir se ciñen.
Lor. Eso anhela el estado. El tiempo estrecha:
todo al fin importante ya conspira
à la victoria. Amigos, entre quienes
oy sus laureles van à repartirse,
luego sabreis quando acudir os toque
al puesto à que el contrario se dirige.
Proximos à teñirnos en su sangre
y otro afecto en nosotros no domine,
que la defensa y la gloria de la patria.

Vanse los Caballeros.

Tanc. Por ella es justo que oy me sacrifique,
ya lo merezca, ò no.

SCENA II.

Tancredo y Aldemon.

Ald. ¡Que mal nocen
la oculta herida que à ese pecho aflige!
pero à pesar de tu dolor y agravio,
¿como no vas segun el uso pide,
à ofrecerte triunfante à la belleza
que adquiere honor y libertad; que vive
por tí? y las armas de Orbasán vencido,
¿como glorioso, dí, à sus pies no rindes?
Tanc. Pienso Aldemon, no verla mas.
Ald. ¿Acaso
tu vida en su defensa no expusiste?
¡y huyes ahora de ella! *Tanc.* Tal merece.
Ald. Justo es, Señor, que su traícion te indigne.
Mas por esa traícion has combatido.
Tanc. Razon tienes: confieso que imposible
me fué à pesar de tan atróz perfidia,
consentir su ignorancia, y su fin triste.
Y aun amandola menos, mal pudiera
abandonarla yo, ni reducirme
à no salvar su vida. Pero debo
no perdonarla, viva si, y expire
el que la ha defendido, que algun dia
tendrá quizá la infiel que arrepentirse
de haber sido engañosa à aquel Tancredo
apasionado, à aquel amante firme
que oy pierde, que maltrata. Justos Cielos,
que esclavo de ella fuí! quanto la quise!
Cabía la juzgase yo perjura!
antes pensé adorar la mas sublime
virtud, y que no fuesen mas sagrados
juramentos y altares que una simple
palabra, una promesa de Amenaida.
Ald. Que solo en Siracusa perdominen
acordes la barbárie y la perfidia!
proscrito de tu patria, te persigue
tirana ley, quando el amor te ofende.
Alexemonos ya de estos confines.
Vamos à la batalla decisiva.
En ella yo, y en quantas partes disten
de estas murallas centro de maldades,
tus huellas seguiré.
Tanc. ¿Quien me repite
à pesar del delito que ha incurrido,
la imagen de virtudes tan plausibles,
que creí atesoradas en su pecho?
qué encanto es este? ò tu que à un infelíze
vas à precipitar en el sepulcro,
del qual por esta mano te vés libre;
odiosa, delinquente, amada acaso,
ò tu que mi destino siempre riges;
¿porque à mis ojos, dí, ya no te muestras
seas ò no con engaño la que fuiste...
Solo habré de olvidarla con la muerte.
Qué flaqueza!.. Es forzoso que la expie.

Pro-

Probemos à morir, sin acordarnos
de la ingrata Amenaida, si es posible.
Ald. Poco ha menos culpada la creías:
¿que el mundo dominaban no dijiste,
la mentira y calumnia?
Tanc. Nada ignoro:
todo ha llegado en fin à descubrirse.
Prendado Solamir de su belleza,
exigió como en fé de una paz firme,
se le diese à Amenaida por esposa.
¿Se huviera el atrevido à tanto, dime
si de acuerdo con ella no estubiese?
creí à mi proprio corazon, mal hice:
creér debo à su padre que la acusa.
A ella misma que ostenta amar su crimen.
En fin, yo he visto, yo el papel infausto.
Como hablando consigo mismo, en tono pausado, y de admiracion.
Para mandar en Siracusa vive!...
En nuestros pechos y murallas reyna!
cierto es mi mal.
Ald. A la enemiga olvide
ese gran corazon que de él no es digna.
Tanc. Lo mas abominable, mas horrible
es que honrarse creyó, y tener por dueño
al viviente, al caudillo mas insigne.
Mandan altivos Arabes à Italia;
y à su vano esplendor ciego se rinde
el imprudente sexo, el sexo mismo
esclavizado siempre en sus paises.
Y tributando timidos obsequios,
cede à los proprios amos que le oprimen.
Por ellos con traícion nos abandona,
mientras somos escudos tan serviles
de su flaqueza, y à sus pies viviendo,
por el morimos en sangrientas lides.

SCENA III.

Tancredo, Aldemon y Catan.

Cat. Señor, los Caballeros están prontos.
El tiempo estrecha, no se desprecie.
Tanc. Mucho
he perdido, si. De aqui salgamos.
Llegó ya el trance!..
mi valor os sigue. *Vase Catan.*

SCENA IV.

Tancredo, Amenaida, Aldemon y Fania.
Amenaida saliendo con precipitacion.

Ame. Oh mi Dios tutelar, dueño absoluto
de mi ser; à tus pies en fin me arrojo,
Echase à sus pies; levantala Tancredo pero volviendo el rostro à otra parte.
A ellos verás tambien presto à mi padre,
conmigo esa estrañeza!.. huyes el rostro?
habrá quien culpe tan debido anhelo?
no he de poder manifestar mi gozo,
lo que este animo encierra, ni nombrarte?
me estremezco!.. Señor, baxas los ojos!
mirasteme cercada de Verdugos,
y solo he de obtener asi este logro!
confuso estás, y mi alma consternada
con timidéz te hablo... Oh Dios! que
ahogo!
no escuchas?
Tancredo con voz interrumpida.
Tanc. Vuelve: y piensa en el consuelo
de quel anciano à quien venero y honro:
que aun me llaman cuydados mas urgentes.
Oy contigo y con el cumplí ya en todo.
Premiado he sido: nada mas espero.
El mucho agradecer, quizá es gravoso.
Mi corazon exime de ello al tuyo,
que disponer de si puede à su antojo.
Vive... dichosa... y yo... à morir me
parto. *vase.*

SCENA V.

Amenaida y Fania.

Ame. Despierto del sepulcro, ò soy su aborto?
creeré que el Cielo me ha dexado viva?
es dia, es noche la que vén mis ojos?
ah! el que acabo de oír, querida Fania,
es un falso; de muerte mas odioso
que el de la ley que aqui me ha condenado.
Fan. Habrá podido transformarse en otro!
que sospechas le agitan?
Ame. Es mi amante
quien me ha hablado?... me trata de ese
modo!
su frialdad altiva, su desprecio
no reparaste? aquel sañudo enojo,
aquel desden con que miraba apenas?
y à quien?.. à mi que le amo, que le adoro!
me sacó del Imperio de la muerte
para sacrificarme luego el proprio!
oh Tancredo! mi bien, tirano! injusto!
¿en que pude ofenderte, que lo ignoro?
Fan. No ay duda: ardiendo en ira su semblante
tarda la lengua, y demudado el rostro
manifestaba esquiva indiferencia.
Con cuydado apartó de tí los ojos.

Pero el llanto ocultaba de esta suerte.
Ame. Tal desayre, aspereza y abandono!
de donde nace esta tormenta horrible?
que pretende? que ofensa tanto enojo
en el excita? de viviente alguno,
puede Tancredo acaso estar zeloso?
de deberle la vida me glorio.
Otro bien no conservo, ni otro apoyo.
Si yo existo es por el, por su victoria.
Mas si fino mi vida puso en cobro,
tambien por el me expuse yo à perderla.
Fan. Sabes si de esto se halla noticioso?
la voz del pueblo à quien tras si no arrastra?
de lo que ella publica, dudan pocos.
El esclavo, la carta, el nombre mismo
del Moro Solamir: aquel asombro
que infunde su valor, sus pretenciones,
tu belleza, su gran pasion, y todo
hablaba contra tí, y aun tu silencio,
Señora, aquel silencio grande, heroyco,
que el perseguido nombre de tu amante
supo ocultar al vengativo encono
de los tiranos que à ambos os oprimen.
¿ Quien penetró al arcano tenebroso
de su secreto? suele ser creído
lo peor siempre, y la apariencia...
Ame. Como!
à mi culpada! *Fan.* Es facil engañarse.
A un amante perdona:
Amenaida volviendo à cobrar su altivéz y espiritu.
Ame. No; à mis ojos
no es perdonable, aun quando todo el mundo
acusase à Amenaida: al mundo todo
su aprecio opone un héroe noblemente,
dando credito solo al juicio proprio.
Conque tomó à su cargo mi defensa,
por mera compasion!.. enorme oprobio!
yendo à morir por el, mi alma sentia
un ingrato consuelo, un sumo gozo.
Y ha de formar de mi sospechas viles!
jamás tan grave ofensa le perdono.
Tengo presentes siempre en la memoria
sus beneficios, y grabados todos
vivirán siempre en mi ofendido pecho.
Pero si el ha incurrido en el arrojo
de graduarme indigna de su mano,
por indigno de mi desde oy le noto;
de todas mis afrentas, la mas grave
es esta, Fania mia. *Fan.* Ya en su abono
decirte debo, que Tancredo ignora...
Ame. Ignorar no debia que su solio
tiene en mi la virtud: conocer debe
este corazon fiel: serle notorio
que era imposible que à romper llegase
yo un vinculo tan noble, tan precioso.
Que esta alma es tan constante y tan altiva,
como fuerte de su brazo; y con decoro
tan grande, como puede ser la suya.
Mas no tan sospechosa, ni tampoco
tan insensible. Ya desde oy renuncio
à ese Tancredo. A los mortales todos.
O los contemplo dobles, ò malvados,
debiles unos y crueles otros.
Barbaros estos, credulos aquellos;
ò bien son engañados, ò engañosos.
Eternamente olvidaré al que amaba,
y à quanto comprehende nuestro globo.

SCENA VI.

Argiro, Amenaida y acompañamiento.
Argiro sostenido de dos escuderos.

Arg. Guiad, amigos, mis cansados pasos,
que ya va à principiarse la batalla.
Oh! si lograse yo abrazar al héroe
que la vida te dió! dime, Amenaida,
podré saber quien es?
Amenaida entregada à su dolor, descansando con una mano puesta sobre Fania, y medio vuelta ácia su padre.
Ame. Un joven, digno
de poseer en otro tiempo mi alma,
un héroe perseguido por mi padre,
que timida hasta ahora no nombraba:
por vosotros proscrito; unico objeto
de aquel fatal papel, ultima rama
de una familia augusta, el mas ilustre
de los mortales. Ay desventurada!
el mas injusto. En fin, Tancredo.
Arg. Como?
Cielos!... Hija, que has dicho?
Ame. Lo que el ansia
que me aflige, ocultarte mas no puede.
Lo que aqui te declaro en confianza,
temiendo le resulte algun mal grave.
Arg. Tancredo!
Ame. ¿ Y quien sino el, por Amenaida
à morir se expondria?
Arg. Que! Tancredo!
el mismo à quien nuestro senado infama!
Ame. El mismo.
Arg. Y por nosotros nada omite!...

pri-

privamosle de hacienda, de honra y patria:
y por nosotros oy su vida expone!
oh Jueces infelices! que ocupadas
ciegamente tenemos ambas manos,
con la cuchilla fiera, y la valanza.
¡Qué injustos son, que vanos nuestros juicios!
oh quanto yerra la prudencia humana!
qué ingratitud! qué tiranía! *Ame.* Padre,
para culparte, si, me sobra causa;
pero veo te afliges de manera,
que no se atreve à lamentar el alma,
que dí à Tancredo...
Arg. A quien me dá la vida!
Ame. Indigna vida! toda mi esperanza
se funda en tí, Señor. Remedia presto
tantos errores, sinrazones tantas.
Vuelveme ya el honor que me has quitado,
Que quien venció à Orbasán, mi vida salva
solo dexó: publíca mi inocencia.
Arg. Eso me toca.
Ame. Voy à donde el vaya. *Arg.* Detente.
Ame. Detenerme! no es posible.
Contigo voy, Señor, à la batalla.
Cerca he visto à la muerte, y muerte infame.
La que en los campos del honor me llama,
no es para mi terrible; ni es ya tiempo
de que intentes à tu hija negar nada.
Ya adquiri sobre ti derechos justos,
derechos que me ha dado mi desgracia.
¿Querrás segunda vez abandonarme?
Arg. En tí el poder no tengo que gozaba,
porque de el abusé. Justo es le pierda.
Pero que intentas? donde te arrebata
tu apasionado impulso? no qual suele
en remota region, osado marcha
aqui tu sexo al lado de los héroes,
y en el esfuerzo casi los iguala
Las leyes, las costumbres no permiten....
Ame. Que leyes! que costumbres insensatas!
oy soy ya superior à todas ellas.
Oy que el furor, el despotismo mandan,
solo escucho las leyes de mi arbitrio.
Esas horribles leyes, cuya carga
te está oprimiendo, verterán tu sangre
que en mis venas se vé depositada?
permitirán que muera en un cadahalso
tu infelíz hija con eterna infamia,
y no permitirán que à la palestra
à donde reyna la victoria, salga
à defender su honor? ¿podrán mostrarse
las mugeres aqui, solo cercadas
de inhumanos verdugos? la injusticia
de entera independencia al fin es causa.
Suspiras? ah! si hubieses suspirado,
Señor, quando adulaste la tirana
resolucion; y contra aquel que solo
emprendió tu defensa en nueva alianza,
uniendote à Orbasán, me precisaste
à ser inobediente! *Arg.* Hija, basta:
no aflixas mas à un padre infortunado.
No abuses del poder que en estas canas
te dá mi culpa. Mi dolor respeta.
Y acaso no estás enagenada
del amor de tu padre, por lo menos
dexa que muera al hierro de las lanzas
de nuestros enemigos. No me impidas
que vaya en busca de Tancredo. Aparta.

SCENA VII.

Amenaida y Fania.

Ame. Quién detendrá mis presurosos pasos?
oh! tu que me aborreces, que me ultrajas,
y despues de vengarme me desprecias;
pelear me verás, y tus hazañas
imitar junto à tí; oponer mi pecho
à quantos tiros la enemiga rabia
contra ti lance: con la propria vida
dar à tus beneficios justa paga;
castigar tu injusticia de esta suerte;
vencerte si es posible, en inhumana
fiereza; y en tus brazos espirando,
dexarte el odio en que mi amor se cambia:
el pesar de un delito irreparable,
y todos los martirios de Amenaida.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

Marcha guerrera antes de empezar. Los Caballeros y Pueblo: los Caballeros, y Escuderos con las espadas desembainadas en la mano. Los Soldados cargados de trofeos.

Lor. Por tan felíz victoria cantád himnos,
ò ciudadanos: ofrecéd inciensos
al Dios de las batallas: pues à el solo
se debe el triunfo, à el la gloria démos.
El infundió vigor en nuestros brazos,
y embotar quiso el enemigo azero,
mostrandonos patentes las celadas
que armaron los astutos Sarracenos,
azote de cathelicas naciones.

Id sin tardanza, y erigid trofeos
sobre tantos cadaveres de infieles.
Adorad reverentes nuestros Templos
con los tesoros de la media luna,
hollando ufanos los rendidos cuellos.
Y España opresa, y arruinada Italia,
postrado Egipto, y con marcial despecho
en grillos Siria, à dominar aprendan
à los que son pavor del universo.
Justo es se piense en confortar à Argiro,
procurando le sirva de consuelo
en su dolor, la pública alegria:
pues sino felíz padre, por lo menos
felíz patricio contemplarse puede.
¿ Pero como el incognito guerrero
à quien dicen se debe la victoria,
no vuelve aqui con nuestros caballeros ?
¿no juzga el triunfo de esplendor bastante,
ò nos cree envidiosos de sus hechos ?
almas como las nuestras no conocen
esa indigna pasion, ni sus efectos.
Despues que à Siracusa ha defendido,
huirá de sus muros ? largo tiempo *à Cat.*
le vimos à tu lado paleando.
Y pues que fué participe del riesgo,
¿ como no viene à celebrar el logro
de la victoria? *Cat.* Oid. Estadme atentos,
Señores. Entre tanto que ocupabais
el transito del Etna, yo algo lexos
de vosotros estaba en las orillas,
à la enemiga furia resistiendo.
Alli notamos que al mayor peligro
precipitado se arrojaba y ciego,
sin aquella conducta sosegada
de un héroe grande, y General supremo.
Don tan preciso, como à pocos dado.
Su valor procedia con arresto,
dando señales de valor oculto,
en la tremula voz y adusto ceño.
A Solamir llamaba muchas veces,
y muchas se le oyó en confusos ecos,
el nombre de Amenaida, à quien perjura
apellidaba en tono lastimero.
A pesar del furor se le asomaban
lagrimas à los ojos: con anhélo
solicita la muerte que de él huye.
Quanto mas se abandona, mas tremendo.
Ya todo à nuestras armas se rendia,
y mas que à ellas à su heroyco esfuerzo.
Ya ácia vosotros con triunfantes pasos
volviamos; pero él con desconsuelo
abatido, insensible à tanta gloria,
mostrando que el vivir le daba tedio,
llama à Aldemon, le abraza, le habla, gime,
y con aquel intrepido denuedo
que habia acreditado en la pelea,
se alexó para siempre, à Dios diciendo.
Pretenderá que Siracusa ignore
quien es. Nadie el origen de su intento
acierta à descubrir. Todos vacilan.
Pero alli mismo aparecerse vieron
entre la multitud de los soldados,
à Amenaida. Olvidada de su sexo,
fuera de tino, palida, desecha,
corre, llamando à voces à Tancredo.
Seguiala su padre tristemente,
aunque con tardos pasos, y à lo lexos.
Aqui anegada en lagrimas la trae.
Dice que ese caudillo, ese héroe exelso,
el que venció à Orbasán, el que à Amenaida
y à la patria vengó aquel es Tancredo
à quien esta mañana proscribimos
y declaramos de comun acuerdo,
rebelde y transgresor de nuestras leyes.
Leyes que le condenan à destierro.
Que hemos de hacer, Amigos en tal caso ?
Lor. Qué ? reparar tan grave desacierto.
Persistir en la culpa es agravarla.
Sonrojo perseguir, tener opreso
à un hombre ilustre y grande. Quantas veces
al merito y virtud padecer vemos.
Mas quando en fin, à conocerse llegan,
honrarlos es forzoso.

SCENA II.

Los Caballeros.

Argiro saliendo con precipitacion.

Arg. Y socorrerlos,
y tambien libertad. En peligro
Señores, queda el inclito Tancredo:
su ciega intrepidéz volvió à arrojarse
à los contrarios, y con todos ellos
arrastrado pelea... Quan en vano
culpo mi fria edad, mi desaliento.
Caudillos, cuyo ardor y lozania,
lucen à competencia, pues el peso
de los años no os postra, acudid pronto,
disipad mis temores, y à Tancredo
restituid à mi inocente hija.
Lor. Basta... Señores, no se pierda tiempo.
Su valor imprudente socorramos.
Saquemosle si es dable de este empeño.

SCE-

SCENA III.

Argiro solo.

Arg. Cielos, que al fin
os apiadais de un padre!
A mi infelíze hija me habeis vuelto,
y à su felíz libertador volverme
Sale Amenaida.
tambien determinais!
en nuestros pechos
hija mia, renazca la esperanza.
Yo he sido de tus males instrumento,
y tanto como tu los he sentido.
Oy se terminarán, pues ya Tancredo
no tardará en venir. Cese tu pena.
Ame. En viendole, Señor, tendré consuelo.
Tendréle quando sepa no es injusto,
quando su vida este fuera del riesgo.
Quando mas no me ultrage, y pesaroso
de injuriarme esté ya.
Arg. Tu sentimiento
es muy fundado. A veces hay heridas
que, ò no se curan en un noble pecho,
ò dexan para siempre cicatrices.
Pero, hija mia, si hasta aqui Tancredo
ha sido aborrecido en Siracusa,
advierte que es ya amado, que está lleno
de gloria, y participas de su fama.
Que ha acreditado con tan altos hechos,
hasta donde ha llegado la injusticia
de sus emulos todos. Satisfecho
queda el vulgo, si cumple lo debido.
Pero los héroes de virtud modelo,
à mas aspiran: su valor excede
à quanto la esperanza funda en ellos.
Asi excede Tancredo en un solo dia
à nuestras esperanzas y deseos.
Apenas llegue, y sepa eres constante,
fino arderá en tu llama. Todo el pueblo
se muestra enternecido à favor suyo.
Saldrá tu amante de su error funesto,
con sola una palabra. *Ame.* Esa palabra
está aun por decir. Fatal momento!
¿que me importa ese vulgo ni su escarnio
ni su instable piedad, ò furor ciego?
que me importan sus voces tumultuosas,
de las quales no oyré ni aun los acentos?
de un hombre solo mi opinion depende.
Sabe, ò padre! que ya morir prefiero
à vivir un instante despreciada.
sabe que... (sin reparo lo confieso)
que yo à mi bienechor, como à mi esposo
antes miré. Postrada ya en el lecho
de la muerte, mi madre mutuamente
à los dos nos unió, y en sus postreros
votos pidió al Señor que se dignase
de bendecir nuestro inocente afecto.
Nuestras manos juntó, que al fin cerraron
sus tristes ojos: y à la fáz del Cielo,
por ella y su memoria, por ti mismo,
ò infelíz Padre, hicimos juramento
de adorarnos los dos, y venerarte,
De seguir tu virtud como modelo,
y estrechar nuestro vinculo en tus brazos.
Por altares, Señor, el hado adverso
cadahalsos infames nos destina.
El que mi amante fué, y al mismo tiempo
mi dulce esposo, tras la muerte corre.
Solo diviso ya el horrible aspecto
de mi ignorancia. Mi destino es este
Arg. Ya ese destino mejorado vemos.
Y prometerte puedes, hija mia,
felicidad completa. *Ame.* Quanto temo!

SCENA IV.

Argiro, Amenaida y Fania.

Fan. Toma, Señora, la debida parte
en la pública gloria y regocijo;
celebra ya tan inclitas hazañas:
goza mas que nosotros tal prodígio.
Aniquiló Tancredo valeroso
à los contrarios que iban fugitivos;
Al furibundo Solamir dió muerte;
victima cuyo insigne sacrificio
se debia al estado, à la venganza,
y al lustre de su nombre obscurecido.
Acordes la exigian; y la fama
veloz esparce tan plausible aviso:
rebosando de gozo todo el pueblo
le sigue, y le apellida su caudillo,
su Héroe, su gloria, su unica defensa.
Tambien se habla del trono de que es digno
por su estirpe.
Señor, solo un guerrero *à Arg.*
à su lado quedó: Aldamon mismo
que militó à tu orden: solo el tubo
parte en sus hechos tan esclarecidos:
Quando llegaron nuestros Capitanes
à librar à Tancredo del peligro,
le hallaron ya triunfante y sin contrarios.
Nó oís del pueblo tan alegre victor?
por todas partes suenan los elogios

de sus proezas. Le destinan sitio
superior, al que ocupan en el templo
de la fama los Héroes que principio
dieron à su nobleza. Venid presto.
Mil laureles vereis entretexidos
ceñir su frente. Asistireis al triunfo...

A Amenaida.

Señora, el homenage à ti debido
dichosa admitirás. Ya se te muestra
todo risueño: de tu hado impio
oy lograrás vengarte, y à Tancredo
à tus ansias en fin verás sumiso.

Ame. Ya siente mi alma lo que es gozo.
Padre.!
adoremos al Cielo, que propicio
el bien que antes perdí me restituye,
y me redime del mayor martirio.
Oy empiezo à vivir, oy à su colmo
llega mi dicha, y al perpetuo olvido
doy mi afliccion. Perdoname las quexas,
los graves cargos que Amenaida te hizo,
sus debiles recelos, sus temores.
Los flacos y tiranos enemigos
del gran Tancredo, ciudadanos, vulgo,
à sus pies os rendió; presto à los mios
amante le vereis. *Arg.* Si. Para siempre
enjugar quiere el Cielo ya benigno,
nuestras copiosas lagrimas... Oh dicha!
sino me engaño, alli à Aldamon diviso;
A Aldamon, el que fiel siguió à Tancredo,
sin apartarse de el, en él peligro...
El es, aquel guerrero, tan amado
de mi familia siempre. Ya respiro!
fundado es nuestro gozo...
Pero triste... *pausadamente.*
muestra el semblante. Si le habrán herido?

SCENA V.

Argiro, Amenaida, Aldamon y Fania.

Ame. Habla pues, Aldemon. Conque Tancredo
victorioso?

Ald. Señora.. *Ame.* ¿En este dia,
à Siracusa llegará triunfante
al son de alegres canticos y vivas?

Ald. Presto en clamores lugubres, trocados
los canticos verás. *Ame.* Otra desdicha!

Ald. Este dia fatal que ha coronado
su gloria, es el postrero de su vida.

Ame. Qué es lo que escucho! dí. Nada me ocultes.
Tancredo ha muerto!...

Dolorosamente.

Ald. Vive todavia.
Mas le traspasa el pecho mortal golpe.
En esta carta con su sangre escrita

Sacando una carta cerrada.

se despide de ti: sin duda en ella
sus ultimos afectos significa.
Temblando cumplo tan fatal encargo.

Arg. Oh! tiempo de furor y de agonía!

Amenaida como volviendo en sí.

Ame. Dame pues la sentencia de mi muerte.
Como un precioso dón mi alma la estima.
Ah Tancredo! mi bien, dueño absoluto
de mi destino! la orden que me envias,
qualquiera que ella sea, la contemplo
como orden que me dás de que te siga.
A obedecerte voy.
Dame esa carta. *à Aldamon.*
en que mi mal, mi bien, mi fin se cifra.

Aldamon dando la carta.

Ald. Leé, y perdona mi funesto oficio.

Ame. ¿Podreis, ojos, leér letras escritas
con tal sangre? es preciso... de mi hado
será esta la postrera tiranía!

Lee. Despues de tu traísion, ni un solo instante
vivir me es permitido, mas advierte
que si en la guerra pierdes à tu amante,
eres, ò ingrata, quien le dás la muerte.
Quando salvé tu vida; qùien en vano
salvar tambien tu honor quiso mi mano.
Conque en fin, padre...

Dexase caer en los brazos de Fania.

Arg. En fin, nuestro destino
sació todo el encono de sus iras.
Ni que temér, ni que esperar nos queda:
ni tu estado, ni el mio da cabida
à quexa alguna: solo si pretendo,
antes que dexe la mansion impia
del mundo, declarar à nuestra patria
quantos agravios, quantas injusticias
se han echo à tu virtud. Declarar quiero
à todo el universo, amada hija,
la gloria de tu nombre.

Ame ¿Que me importa
en mi dolor profundo, quanto diga
mi injusta patria, el Universo todo;
si he perdido à Tancredo?

Arg. Suerte esquiva!
à tus atrozes golpes ya me rindo.

Ame. ¿Será posible, ò Cielo, que permitas
muera Tancredo, sin saber su engaño?

A

A su padre. Tu eres la causa, tu, de esta desdicha.
Antes que espire, padre...
Mas qué es esto?
los tiranos se ofrecen à mi vista?

SCENA ULTIMA.

Loredano, Caballeros, Amenaida, Argiro, Fania y Aldamon.

Lor. Oh infelíz hija! oh padre desgraciado!
pasado todo el pecho de mortales
heridas, os trahemos à aquel héroe
que de su ciego ardor dexo llevarse,
y resolvió morir muerte gloriosa.
Ya los arroyos de su noble sangre
vertida por la patria, hemos parado.
Parece que aquella alma heroyca y grande,
para ver à Amenaida se detiene.
Llamaba à voces por su nombre, y caen
lagrimas de los ojos que le miran:
caso inaudito!... El corazon me parte!
voráz remordimiento me consume.

Mientras habla Loredano, acercan poco à poco à Tancredo, ácia donde Amenaida está, casi desmayada en los brazos de sus criadas. Apartalas de si precipitadamente; y volviendo con horror ácia Loredano, le dice.

Ame. Tan subita piedad, de donde nace?
Barbaro!... Ahora?.. Tu, remordimientos?...

Despues corriendo ácia Tancredo, y echandose à sus pies.

Oh Tancredo! tirano y dulce amante!
dignate de atender à mi inocencia.
De Amenaida tu vista no, no apartes.
Mi profunda afliccion mira, y consiente
que en la tumba tu esposa te acompañe.
Solo à este honor mi corazon aspira.
Tu aquel nombre me diste. ¿Y que privarme
intentarás de nombre tan sagrado?
¿serás mas inflexible en este trance,
que han sido tus contrarios y los mios?
vuelve à mirar à esta muger constante.
¿Será esta la postrera vez acaso,
que se dirija à mi tu rostro amable?
dime si me aborreces?

Tancredo procurando levantarse, y volviendo à caer.

Tanc. Ah Traydora!
Ame. Quien? yo? Tancredo!

Argiro poniendose tambien de rodillas al lado opuesto que Amenaida, abrazando à Tancredo; y despues levantandose.

Arg. Ay triste! Señor, sabe
que si à morir ha sido condenada,
no ha sido otra la causa que el amarte.
Crueles contigo fuimos y con ella;
las leyes patrias, nuestros Capitanes,
y un tribunal augusto erraron todos:
ella sola era justa, y el desastre
causó principalmente aquella carta.
A ti se dirigia: asi no estrañes
que te engañase yo, pues à mi mismo
me engañé por mi mal.

Tancredo levantandose otra vez un poco.

Tanc. Que dices padre!...
Amenaida! es posible? tu me quieres?
Ame. Digna en efecto del suplicio infame
de que me redimiste yo seria.
si te hubiese olvidado un solo instante,
y sido ingrata, infiel...

Tancredo cobrando alguna fuerza, y alzando la voz.

Tanc. Qué! tu me amas!...
ò bien, mayor mil veces que mis males!
Ya de morir me pesa. Pero es justo
que no pase el vivir mas adelante,
pues creí ciegamente à la calumnia.
Mi vida era infelíz hasta poco hace.
Y la pierdo al punto que debia
convertirla en dichosa y apreciable
una palabra tuya! *Ame.* ¿Unicamente,
Dios poderoso, en este horrible lance,
y solo quando pierdo al dueño mio,
me será permitido que le hable?
Tanc. Esas lagrimas tuyas me consuelan.
Pero en fin, es preciso abandonarte.
Mi muerte se apresura.
Esta es Argiro *à Arg.*
la que me supo dar, supo guardarme
su fé, y ha sido victima inocente
de mil sospechas é inhumanidades
en que hemos incurrido. Une à su mano
esa mano teñida en propria sangre,
para que asi al suplicio llevar pueda
el nombre de su esposo... Se mi padre.

Argiro tomandoles las manos.

Arg. Hijo querido, (ay Dios!) ojala vivas,
para que fiel tu esposa te idolatre.
Tanc. Pues que vengué à mi patria, y à mi esposa,
ya Señor, he vivido lo bastante.

Mue-

Muero en los brazos de ambas, de ambas digno,
en fin, de ambas amado. A completarse
llegaron oy mis votos... O Amenaida!

Ame. Es posible, mi bien?

Tanc. Palabra dame
de no imitar mi muerte: vive... *cae muert.*

Cat. Ay Cielos!
ya espira... y nuestros pechos que tan tarde
lograron conocerle,..

Amenaida arrojandose sobre el cuerpo de Tancredo.

Ame. Que! vosotros,
vostros que la vida le quitasteis,
llorais por él? oh barbaros! tiranos!

Levantase, y dá algunos pasos diciendo.

Abrase el centro de la tierra y trague
à quantos veo, à Siracusa toda.
A ese senado y à la abominable
autoridad que exerce, derramando
segun su antojo la inocente sangre,
con el mismo puñal de su justicia.
Oh! si esta vida yo acabar lograse,
en la ardiente ceniza de mi patria!
oh! si me convirtiese yo en cadaver,
sobre los vuestros proprios!...

Vuelve à arrojarse sobre el cuerpo de Tancredo.

Ah Tancredo!
Tancredo! mi Señor!... qué? muerto yace,
y vosotros vivis!.. *levantandose furiosa.*
mas ya le sigo.
Su voz me llama, y manda le acompañe
en las horribles sombras de la tumba.
Quedaos à sufrir las penas graves
que os aguardan à todos.

Cae en los brazos de Fania.

Arg. Hija mia!

Amenaida fuera de si impeliendole con la mano en el pecho.

Ame. Detente. Aparta. No eres ya mi padre
Perdona à mi furor. . Complice fuistes:
ay infelíz de mi!... Tancredo! sabe
que tuya soy, que fiel te adoro y que ahora
espiro en esos brazos, dulce amante.

Cae al lado de Tancredo.

Arg. Hija!... Amenaida!... Haz pues, Fania querida,
que antes que muera yo, cobre la vida.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcelona: En la Oficina de Pablo Nadal, calle del Torrente de Junqueras. Año de 1798.